

Plaza Pública

para la edición del 6 de mayo de 1997

¡Que se los lleve el tren!

por miguel ángel granados chapa

Ni el Presidente Zedillo, que desarmó a sus oyentes llamándolos estentóreamente ¡hermanos!, fue escuchado con la unción habitual en las celebraciones oficiales, durante el lúgubre festejo del primero de mayo en el Auditorio Nacional. Por supuesto, fue mucho mejor tratado que otros oradores, pero aprovechando la invocación fraternal no faltó quien la ~~invocara~~^{devolviera} en un dístico espontáneo: ¡Hermano, Zedillo, /ayuda a mi bolsillo!.

Gritos y abucheos de no pocos asistentes al mitin bajo techo del Día del Trabajo revelaron el estado de ánimo de los sindicalistas progubernamentales. En sus expresiones influyeron los antiguos antagonismos entre la CTM y la CROC, pies de barro del temblequeante Congreso del Trabajo. Pero sería ingenuo pretender que sólo por esa causa se produjo el relajamiento que ni siquiera los solemnes secretarios de Estado allí presentes pudieron dejar de festejar. El relajamiento de la disciplina en un sindicalismo vertical y autoritario comienza poniendo en solfa a los dirigentes, aunque demore en manifestarse en actos de independencia en la vida organizativa.

Por lo pronto, Leonardo Rodríguez Alcaine, que suple en la secretaría general cetemista a Fidel Velázquez, ahora que se ha oficializado su decrepitud, recordará que su debut en representación del añejo dirigente no fue nada feliz. Sin sensibilidad alguna para los momentos que vive el sindicalismo, el histórico y el de esa mañana, no sólo produjo un discurso vacío, como cientos que han escuchado sus cautivos oyentes, sino que confundió el escenario y la ocasión. Se trataba de una celebración sindical, no partidaria, por

lo que fue impertinente la ratificación de su fe priísta, que mereció desaprobación de su auditorio al grado de que, contagiado de la impaciencia del público, el líder electricista interrumpió su larga perorata para anunciar: ¡ya voy a terminar!

Fue peor el papel de Víctor Flores, que hoy ostenta la triple advocación de candidato a diputado plurinominal (nada menos que a la cabeza de la lista del PRI en la tercera circunscripción), presidente del Congreso del Trabajo y secretario general del sindicato ferrocarrilero. Sufrió un lapsus del que ni siquiera se percató, como pudieron darse cuenta quienes vieron su rostro perplejo a través de la televisión. En el exordio a su discurso, se dirigió a su principal oyente como “Presidente de los Estados Unidos”. Entre amistosos y burlones, no pocos de los asistentes añadieron a gritos ¡mexicanos!, ¡mexicanos!, pues era obvio que Flores no había confundido a Zedillo con Clinton, ni él se siente ciudadano de la Unión Americana, sino que sólo había dejado incompleta la denominación oficial de nuestro país.

El abucheo, cuya naturaleza resultó incomprensible para el líder ferroviario, empeoró su capacidad oratoria. A él, que lo pongan a la acción directa, como cuando se lanzó sobre el diputado Marcos Rascón en el recinto camaral, el primero de septiembre pasado, pero no a hablar. La boca se le secó, y fue angustioso, según testimonios de sus escuchas, presenciar su esfuerzo por controlar la paginación de su texto, que finalmente se le perdió. ¡Qué diferencia con aquel momento en que, dueño de sí porque ese es el terreno en que mejor se maneja, irrumpió sin derecho en el espacio limitado a los diputados en San Lázaro, violentamente despojó a Rascón de la máscara de puerco con que se burló de todo hace ocho meses y, nuevo Perseo, la exhibió como si se trata de la cabeza de Medusa!

Se diría que en ese lance, dignísimo acto en defensa de la

prestancia del Congreso, ganó Flores el privilegiado lugar en las candidaturas priístas que le permitirá llegar a la Cámara sin esfuerzo alguno. Pero sería una trivialidad suponer que ese género de comportamientos rige las decisiones en el partido gubernamental. En realidad el mérito mayor de Flores no ha ocurrido en el ámbito cercano al pugilismo sino en su excelente disposición a que la privatización de los ferrocarriles se produzca "sin pasivos laborales".

Esa fea expresión contable oculta una realidad lacerante. Quiere decir que los consorcios adquirientes de las unidades en que fueron divididos los Ferrocarriles Nacionales de México recibirán sus compras limpias de compromisos con los trabajadores, porque las recibirán sin trabajadores. El organismo público que todavía maneja las líneas ferroviarias adquirió en cada caso la obligación de liquidar previamente a todo el personal, para evitar que la empresa compradora se convierta en patrón sustituto, que es una figura legal destinada a proteger los derechos laborales.

No obstante que Ferrocarriles Nacionales redujo su planta laboral mediante un amplio plan de jubilación anticipada, que a cambio de una compensación inmediata coloca a quienes la aceptan en la penosa condición de todos los jubilados ferrocarrileros, cuyas pensiones tienen un tope de 1,500 pesos cada mes, aun será reajustado el personal. Eso ocurrirá, por ejemplo, cuando sea transferido el dominio del Ferrocarril del Noreste a Transportación Ferroviaria Mexicana, el consorcio que compró aquella joya. La entrega, prevista para el 16 de junio, iba a anticiparse un mes pero no ha concluído la liquidación de los trabajadores a los que no acaba de convencer la idea de recibir una suma por marcharse y poder ser recontratados, pues no todos lo serán. Pero para eso está allí Víctor Flores. Para activar el achicamiento de su sindicato, aunque a los ferroviarios se los lleve el tren.